

CAPÍTULO IX

El coronel Astucia jefe de la Seguridad Pública. — El tompeate. Los colgados del Rotito. — Estrategias y proscripción de Astucia.

En la noche se reunió con la junta menor, dió cuenta de lo ocurrido, sujetó á su aprobación el presupuesto, separó su importe para remitirlo á los interesados, cubriendo la data con un recibo suyo como apoderado reconocido por el gobierno, entregó el resto y se dispuso proceder á la compra de armamento que proporcionó un sujeto de México, de un contrabando de fusiles que introdujo por el puerto de Tampico, contratando ochocientos á quince pesos con su respectiva dotación de parque del calibre de quince adarmes, y cápsulas de refacción, recibiendo de tres á cuatro mil pesos mensuales de abono hasta cubrirle su cantidad, bajo la responsiva de un individuo de la junta menor que prestó su firma, y aquel mismo mes los fueron recibiendo en varias partidas, con distintos disfraces y en diversos puntos, de modo que sólo los interesados estaban al tanto del negocio. Un maestro herrero de confianza con los criados del coronel, y él mismo improvisaron su maestranza en la cima del cerro de la Culebra donde puso su depósito, y se dedicaron á desempaquetar las armas, limpiarlas y ponerlas en corriente; en cuanto había listas algunas, se iba á los pueblos, hacía que la autoridad citara en secreto á todos los hombres de bien que le inspiraban confianza para el sitio más oculto, y allí reunidos les decía: — Señores, ¿quieren vds. defender el orden, y no dejarse atropellar de los bandidos? — Sí, señor, contestaban, pero no tenemos armas, ni... — Aquí están, á cada uno le regalo su fusil con seis paradas de cartuchos y cien cápsulas de refacción, mírenlos flamantes y listos, cada cual oculte el suyo donde le parezca, procuren subirse al cerro á ejercitarse, á tirar

conejos, á matar venados, para que cuando le apunten á un bandido no se les vaya ni anden cerrando los ojos: desde este momento son mis soldados, los fieles sostenedores de sus autoridades respectivas, y la fuerza de Seguridad Pública que aquí restablezca el orden y la paz. No tenemos cuartel, guardias ni ningún servicio que cause trastorno en nuestros trabajos y atenciones. Luego que cualquiera se mire asaltado, se sube á la azotea y les echa balazos á cuanto pícaro quiera apropiarse de sus intereses, mutuamente cuidense vecinos con vecinos, y pueblos con pueblos, haciendas y ranchos. De cuanta gente sospechosa vean entrar al valle, avisenle á sus alcaldes para que con sus merinos por cordillera me den noticia desde luego. Si nuestras autoridades que son sus jefes inmediatos necesitan de sus auxilios, el solo toque de campana ó cualquier otro llamado, basta para que todos se le presenten con sus armas y parque listos, y lo mismo hacen cuando para una causa pública ó alarma general, vean prendida una luminaria en la punta del cerro de la Culebra si es de noche, ó una humareda continua si fuere de día, entonces, amigos, será cuando yo necesite de su favor, sé reunen con sus alcaldes y esperan mis órdenes; ¿qué les parecen mis proposiciones, puedo contar con vds.? — Sí, señor coronel. — Sí, sí, respondían contentos. — Pues ahora sólo me resta hacerles algunas prevenciones. Oculten sus armas para que tanto los bandidos como los trastornadores del orden ignoren que estamos armados, porque quiero que si vuelve el *Rotito* que últimamente nos vino á robar, entren todos al valle y no dejemos salir á ninguno; aquí me llevo una lista, y otra queda en poder del señor alcalde de los soldados de la seguridad de este pueblo, nunca hemos de salir de nuestro territorio por causa política ninguna, porque no defendemos á ningún partido. El día que se me antoje vendré á pasar revista, y el que no conserve su arma en corriente como se la entrego, la abandone ó haga mal uso de ella, miren, ahí traigo una reata floridaña en los tientos con que lo cuelgo sin más averiguación sea quien fuere; los que quieran pertenecer á la caballería avisenme para darles tercerolas en lugar de fusiles, pero no por eso tienen cuerpo separado, sino los mismos jefes, y prestarán su auxilio montados. Por supuesto como no tienen ningunas fatigas, tam-

poco pueden exigir ninguna clase de sueldo, ni nada por los servicios que presten, ¿están conformes? — Sí, sí, era la respuesta que todos daban, y de ese modo fué armando pueblos, haciendas y ranchos, á la vez que con su lista de revoltosos y mañositos los iba mirando personalmente diciéndoles: — Mire, D. Fulanito, el gobierno tiene muy malos informes de su conducta, en esta lista de los que mandó colgar está su nombre, yo debo cumplir con mi deber porque para eso me paga, lárquese á dar guerra á otra parte, y no me ponga en el compromiso de verlo columpiarse del pescuezo en un palo de éstos, si acaso alguno le pregunta por mí no diga que me ha visto, porque se figurarán que no sirvo para lo que me han comisionado, conque váyase, negrito, váyase, le doy dos días para que cargue con sus tillichitos, y cuidado como vuelve á poner un pie por estos rumbos, porque no le he de tener consideración alguna, y esta reálita no me la revienta de un jalón. Así en unos cuantos días fué desterrando del valle á cuantos le dijeron que eran nocivos y á otros haciéndolos entrar al orden, los tenía siempre muy azorados con su reata florideña que fué la única arma que portaba. Se dedicó á regularizar las entradas de alcabalas y contribuciones con moderadas iguales, simplificó la recaudación suprimiendo receptorías hasta el extremo de no tener más que simples colectores, perdonó recargos, abolió la facultad coactiva, quitó la contribución directa, la personal, no volvieron todos aquellos vecinos á tener más préstamos ni ninguna más gabela y con mucho gusto y puntualidad satisfacían sus iguales y alcabalas proporcionales, y cosa rara, habiendo hecho tanta quita, las entradas aumentaron una cuarta parte más que en las épocas anteriores. — ¿Por qué ha resultado este fenómeno, amigo Coronel? dijo uno de la junta menor. — Señor, le contestó, por ahora tenemos manos puras, y antes había puras manos, desde aquí comenzaba el agua de este manantial á resumirse, la sangre social tiene más sanguijuelas que la chupan, que la sangre humana, y no vamos á medias con el gobierno.

Con varios pretextos estuvieron contestando las repetidas órdenes que de Morelia se recibían exigiendo las remisiones de dinero, cortes de caja, etc. La primera vez le mandó al nuevo empleado que contestara que el *Rotito* se había llevado los fon-

dos, y acompañó un certificado de la Prefectura, agregando que el señor administrador no escribía porque estaba en cama de la tranquiza que le dieron, también el Prefecto ofició al gobierno contándole aquel hecho escandaloso, y como de costumbre pidiendo que le mandaran fuerzas para defenderse, se pasó casi otro mes, y le vinieron contestando echándole un resoplido y extrañando que no tuviera ya puestos sobre las armas á los rurales y veintenas que dispuso el soberano congreso, apremiándolo para que sin pérdida de tiempo hiciera cumplir con ese superior decreto. En el tercer mes sólo dijo el escribiente que el señor administrador había ido por allá bajo á conseguir libranzas, porque los caminos estaban plagados de ladrones, y así con distintos pretextos entretuvo las exigencias cerca de cuatro meses; cansado de escribir y más que todo extrañando las entradas de tres meses en Morelia, dispuso el comisario mandar un visitador, con un empleado que sustituyera al administrador en caso de estar mal en sus cuentas como se lo suponían. — Desde que llegó á Tajimaroa tuvo el coronel Astucia la noticia de que seguido de treinta hombres de escolta, venía un empleado de Morelia á visitar la Aduana de Zitácuaro. Reunió á sus *todos* á junta general y les dijo: — Ya chilló el cochino, caballeros, y yo estoy determinado á no soltarle el mecate más que se ahogue; viene un visitador mandado por el gobierno, lo de menos era acabarlos, tengo más de doscientos hombres armados muy listos y entusiastas y si les hacemos fuego se descubre que tenemos armas, los ladrones para quien están destinadas no vuelven por aquí y mi plan se desconcierta, porque quiero que entren todos y no salga ninguno principalmente el *Rotito* con sus achichintles que nos tiene agraviados; sin embargo, lo que vds. dispongan eso se hace, yo con mudar la oficina recaudadora al cerro de Coopero ó á Capirio, estoy seguro de que la visite el amiguito que viene. — Y si yo hago lo mismo con la prefectura, dijo el Prefecto, no se encontrarán en la villa con quien entenderse. — Pero eso daría mucho en que pensar, replicó uno, le darían á ese hecho mil colores, formarían multitud de comentarios, y al fin vendrían á suponerse la verdad del negocio, es decir, que aquí nos habíamos pronunciado contra el Erario del Estado, y... — Pararían en suponer tanto al

coronel como al Prefecto, siguió diciendo otro, que eran unos bandidos ni más ni menos que el *Rotito*. — Eso nada me supone, dijo Astucia, el señor prefecto lo recibe, le cuenta que soy un nuevo bandido que aquí se ha levantado, que los he obligado á que me paguen, que tengo mucha gente, y cuanto más digan todos de mi poder, mis excesos y depredaciones, menos se determinan á poner el remedio ni mandar quien me escarmiente. — Eso sería lo mismo, advirtió otro, que declarar á nuestro amigo coronel, á nuestro generoso *uno* por un bandido, cuando por nuestro honor mismo debemos sus *todos* no consentir en semejante degradación, que pararía en notable perjuicio de su persona directamente; discurramos otro modo que no sea tan escandaloso y perjudicial á nuestra causa.

Hubo sus debates acalorados, y profundizándose la materia presentaba cada vez más inconvenientes para salir bien del negocio y salvar el compromiso de los que sacaran la cara, hasta que Astucia les dijo: — No es el león tan fiero como lo pintan, caballeros, y á mi juicio creo que mejor que fuerza y dar que decir, es que ocurramos á los ardides, ó como si dijéramos secretos de gabinete y estrategias militares, con *Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*; ahora es tiempo de esto último, la ocasión se nos viene á las manos y con que logremos con una buena veteranada entompear al tal visitador, yo les aseguro que dentro de ocho días está todo el gobierno entompeado, y se conjuga el verbo tompeate por todos tiempos, si vds. gustan tener un ratito de solaz y risa, es negocio hecho, y ya veremos si para más tarde discurrimos otra cosa.

— Corrientes, ¿y qué es lo que vd. necesita para el tompeate? — Una cosa muy sencilla, que cada cual lleve bien abastecido el suyo de municiones de boca, para almorzar después de la acción en buena armonía; mañana á las seis espero á vds. acompañados de sus criados bien montados y armados, en el potrero de San Victoriano en el rancho de Pancho López. Hoy se vendrá á quedar ese sujeto con su escolta á Tuxpan; vd., señor D. Fulano, luego que llegue hágame favor de avisar al alcalde, que no se den por entendidos, y los dejen en sana paz alojarse en el mesón, que mañana reunidos en el punto indicado, verán desarrollado el plan que meditado tengo, y no

hay que olvidarse de los tompeates. — ¡Viva nuestro *uno*! — ¡Vivan mis *todos*! y se disolvió la reunión.

Antes de las seis estaban en el huzachal de San Victoriano los treinta y dos *todos* con sus criados, los formó cerca de la puerta de golpe en batalla, á cosa de ochenta, ó cien varas de distancia del camino, nombró á uno de los más guapos de capitán, para que cuando él pasara ocurriera á recibir órdenes diciéndoles: — La fuerza que aquí vean formada esos amiguitos, será el primer escuadrón de la Seguridad pública. En cuanto yo los interne por el camino viejo, vds. se van desfilando con calma por todo el apantle hasta aparecer en grupos en el potrero de los Aguajes, y de allí á una seña mía, se desprende vd., D. Manuelito, también á recibir órdenes, y esa gente será la del segundo escuadrón; luego que nosotros entremos al carril, destapan vds., para el rincón, rompen la cerca y por los tecorrales se meten al rancho, dejan quince ó veinte hombres de guardia en la puerta, y el resto se forma en el corral grande con brida en mano, porque esa fuerza será el tercer escuadrón que manda el coronel en persona, yo no seré más que su simple ayudante con el nombre de Chepe, Josesillo, ó Chepillo, ya están al tanto de la orden general; présteme vd. su manga, señor D. Francisco, vd. su machete, D. Julián, y pónganse á figurar en el primer lugar allí contra la cerca. Tenga, amigo D. Rafael, llévase esa comunicación al mesón de doña Chucha, la entrega y no espera respuesta. Sígueme, Chango, y tú, Simón, espérame aquí. Arrancó para el rancho, dejó en un instante todo listo y volvió á situarse á la puerta de golpe, donde lo esperaba Simón con el clarín del Chango colgado en la espalda.

El enviado con la comunicación regresó pronto, diciendo que al oficial que mandaba la escolta se la había entregado, éste sorprendido leyó el sobre que decía: «Al señor, mandado por el gobierno del Estado. Del jefe de la Seguridad Pública», urgente. Entró luego despertando al visitador y su compañero, que muy cansados reposaban. — Oficio al canto, amigos míos, y con su renglón de urgente. — Abralo, capitán, á ver qué se ofrece. — Pues atención, en el membrete: — «Seguridad Pública del Valle de Quencio. Servicio nacional. — Extraño

« mucho que siendo yo el jefe de la Seguridad Pública de este valle, se venga vd. metiendo sin mi licencia ni conocimiento con fuerza armada, y le prevengo que si dentro de media hora no se me presenta á demostrarme el objeto de su venida, lo consideraré como trastornador del orden, y los colgaremos á todos para castigar su audacia; son las seis y veinte minutos, en la puerta de golpe lo espera uno de mis ayudantes, para conducirlo á mi presencia. — Dios, Libertad y Federación, etc. — Astucia. Señor empleado ó lo que sea del gobierno del Estado de Michoacán. » — Esto está malo, dijo el visitador que á toda prisa se empezó á vestir, apenas faltan quince minutos. — La cosa es seria, dijo su compañero, voy á que ensillen luego luego. — Ya está todo listo, replicó el capitán, ¿pero quién es Astucia, que se da tanto paquete? — Oiga, amigo, le preguntó al huésped que atravesaba el patio. ¿Quién es un señor Astucia? — Vaya una pregunta, le contestó, cómo quién, el jefe de la Seguridad, y se retiró. — Deje su fuerza lista y acompañenos, capitán: no sea el diablo que este reloj esté atrasado y... — Vamos, dijo, y á mí me toca por obligación como subalterno, no nos vayan á considerar trastornadores y llevemos un susto. Andenle, ándenle, monten y no perdamos tiempo. Y sin desayunarse corrieron muy azorados preguntando por la puerta de golpe de San Victoriano.

— ¿Son vds. los que vienen de la capital del Estado? preguntó Astucia sin meterse á saludarlos. — Sí, compañero, respondió el capitán, y condúzcanos á la presencia de su coronel. — Síganme, caballeros, y se fué seguido de Simón con su clarín guiando al capitán, el visitador, el empleado, un asistente y un criado que ocurrieron á la intimación. Al pasar frente á los formados, se desprendió el nombrado capitán diciendo: ¿Qué haces, Pepillo? ¿qué manda mi coronel? Señores, felices días. — Mi capitán, dice el coronel que se esté vd. ahí firme con su gente hasta nueva orden, hasta luego. — Adiós, Pepe. — A las órdenes de vds., caballeros. Quebró su caballo y se fué á reunir con los suyos. — Bonita fuercecita, exclamó el capitán mirando á la formación que se medio distinguía, por entre los huizachales. — Sí, señor, contestó Astucia, éste es el pri-

mer escuadrón de la seguridad pública. — Y tomó el camino más largo, emboscándolos por lo más espeso, al salir de tanto matorral lo primero que apareció á su vista como á trescientas varas de distancia en un llanito fué mucha gente, unos á pie paseando sus caballos, otros componiendo sus sillas y la dispersión en que estaban, hacía que pareciera mucho mayor su número; llama al comandante Casorla, le dijo Astucia á Simón: Que me dispense una palabra, á no, espérate, ya viene allí corriendo, y llegó el segundo nombrado. — Vd. perdone, mi comandante, pero por no abandonar á estos señores. — ¿Qué se ofrece, Chepe? no me andes con perdones. — Dice mi coronel que se vaya vd. á situar con su fuerza al cerro de Tarrimoro y que si encuentra por ahí alguna gente sospechosa, que eche á sus muchachos á que retocen tantito: hasta la vista, mi comandante. — Adiós, y con el sombrero hizo á los otros un saludo y se volvió paso á paso. — Este escuadrón es más grande que el primero, dijo el visitador. — Tiene algunas plazas más, los tres que hasta ahora se han levantado son de alta fuerza. — ¡Cómo, pues que todavía tienen vds. más gente montada! exclamó el capitán. — Sí, señor, ahora verán vds. al tercero que da la guardia al coronel, es el mejor, porque lo componen la gente decente y más acomodada, y lo mismo sucede con las infanterías que están por allá abajo; le fueron á contar al coronel que venían trescientos hombres, y á marchas forzadas hemos venido á darles encuentro. — Conque según eso el valle cuenta con cerca de trescientos de caballería, y casi con otros tantos infantes. ¿Y este señor Astucia es coronel del ejército. — Sí, señor capitán, es teniente coronel efectivo con el grado de coronel, soldado viejo que ha ganado sus ascensos con su sangre, todo su cuerpo está lleno de horrosas cicatrices; fué desde la insurrección el dedo chiquito del General Guerrero, y es un verdadero liberal. — ¿Y ese nombre de Astucia será tal vez apodo? — No, señores, como desde chico fué muy astuto, el mismo general le puso así y después todo el mundo se lo daba, de modo que en sus despachos, hoja de servicios y cuanto se ha ofrecido así le llaman y él también se firma lo mismo; ahora lo verán vds., es un hombre muy campechano, nada patarato, y como buen sureño de los de por

allá abajo, pocas palabras y machetazos á derecha é izquierda. De todo lo que Lorenzo les fué contando iban infiriendo poco más ó menos qué clase de hombre sería el tal coronel Astucia.

Al llegar al rancho quedaron admirados de ver un par de centinelas que marcándoles el alto los hicieron echar pie á tierra, estaban aunque en traje de rancheros sumamente lujosos, y los del resto de la guardia lo mismo, distinguiéndose en el corral más de cincuenta hombres formados con brida en mano muy decentes y unos caballos hermosísimos. — Pasen, caballeros, pasen, dijo Lorenzo, ¿ por dónde está el tioche, teniente García? — Se metió á tirar un rato porque siempre se lastimó la pierna coja. Dejó á los recién llegados sentados en la pieza de afuera con varios de los de la guardia que estaban como de antesala formando corrillo, fumando y en charla, y se internó diciendo: — Voy á avisarle á mi coronel; estoy con vds.

A poco se oyó la voz áspera y ronca del Chango que bien aleccionado en el papel que iba á representar dijo: — Diles que pasen, veremos qué casta de bichos son esos. — Pasen vds., señores, repitió Lorenzo asomando á la mampara. Entraron aquellos hombres á la pieza oscura y no podían distinguir nada. — Abre, Joselillo, abre un poco esa ventana, dijo el Chango enderezándose en la cama en que estaba recostado, y parándose con alguna dificultad, pujando y renegando contra su caballo que le dió un testerazo contra un palo en la pierna enferma; al abrir Lorenzo la ventana no sólo sorprendidos sino aterrados quedaron aquellos hombres al mirar el horroroso rostro del Chango, que hacía aparecer más chocante, una magnífica manga morada con su dragona verde de terciopelo con flecos y muy buenos bordados de oro y galones; junto á la cama estaba parado un machete con puño y cantoneras de plata, con una hoja de cuatro dedos de ancha, en una silla, una chaqueta de paño con presillas de coronel, un sombrero galoneado y unas espuelas plateadas tiradas al descuido. Todo fué observado al instante por los presentes, el Chango se les acercó un poco cojeando, y metiéndole la mano hasta la cara al capitán que estaba primero dijo: — ¡Cómo, estamos ahí, grandisimos picaros! ¿ por qué se vienen metiendo como burros sin bozal, pues que estoy aquí pintado? cuélguenme á éstos, cuélg-

guenne á éstos antes que los raje á machetazos, y tomó el machete con rabia tratando de desenvainarlo, pintándose en su cara la cólera, echándoles una mirada con sus ojos enchilados, que completamente los anonadó. — Señor, señor, dijo Astucia conteniéndolo, mi coronel no se precipite, y entrando los de afuera también trataron de sosegarlo. — Los señores que aquí mira, prosiguió diciendo Astucia, son enviados del gobierno. — Qué enviados ni qué demonios, son unos pillos que vienen atropellando mi autoridad. — Mi coronel, vd. nos perdona, dijo el capitán todo demudado y temblándole la barba, ignorábamos que aquí había fuerza armada. — Sírvase pasar la vista por mi pasaporte, aquí está en toda regla: vea vd., señor coronel, las órdenes que traigo para visitar la Aduana y demás oficinas recaudadoras, agregó el visitador con semblante cadavérico. — Y aquí está el nombramiento de administrador, dijo el tercero todo pálido y trémulo. — Recoge esos papeles, José, y revísenlos, mandó el Chango dejando el machete y paseándose, cojeando, haciendo gestos á cada paso. — Vienen en regla, entró diciendo otro devolviéndoselos á los interesados. — Mira, Pepe, escríbele al gobierno dándole parte de todo, para que no se le vuelva á olvidar que aquí me ha puesto para restablecer el orden. Y á todo esto, señores, ¿ ya se desayunaron? — La verdad, mi coronel, no tuvimos tiempo de hacerlo, respondió el capitán más tranquilo. — Pues mira que los atiendan, muchacho, vayan, vayan á desayunarse. — Vamos, caballeros, dijo Astucia, y les abrió la puerta, prosiguiendo quedo cuando salieron: — Lo dejaremos que se le pase tantito el berrinche, tiene sus arranques, pero al mismo tiempo buen corazón; tomen asiento. Tocó las manos, apareció un criado, y pidió desayuno para los señores, otros les ofrecieron puros y cigarros disimulando la risa que les retozaba al ver el susto que habían llevado aquellos sujetos. A poco les sirvieron chocolate con bizcochos, leche y café, mientras Astucia se puso en otra mesa con varios á escribir, y se metió con una pluma á recoger la firma, volvió y cerró la comunicación diciendo: — Este para el gobierno, entren á despedirse del coronel. — ¿ Ya echaron su pienso, muchachos? dijo el Chango con semblante afable. — Sí, señor coronel, y muchas gracias. — Cuéntennme, cuén-

tenme, siéntense tantito, ¿cómo está el gobierno, no ha tenido novedad, no está desconchificado como yo? — No, señor, hasta ahora parece que va bien. — Y qué pito vinieron á tocar vds. por estos terrenos? — Yo vine á ver el estado que guardaban las rentas y colocar al señor de administrador. — Y yo sólo á escuchar al señor visitador. — Vaya una cosa chusca, si nosotros no tenemos etiqueta, ¿para qué son esas visitas? — El señor gobernador se volvió un león en cuanto vió que en cuatro meses nada se ha recibido de las rentas de este valle. — ¡Admíren, admíren! ¿conque se volvió león? cuanto vamos apostando á que no fué león sino burro; que no se acuerda que me mandaron aquí para levantar la fuerza y que gaste yo ese dinero hasta que tengamos paz; enséñales, Joselillo, á estos señores mi nombramiento, no crean que hablo por hablar como el gobernador. Vieron todos el nombramiento, lo leyeron, y ninguna duda les cupo. — Pues yo no sé cómo pueda ser esto, exclamó el visitador, y como el nuevo secretario ha querido arreglar la secretaría á su modo, han puesto otros empleados y están todos los papeles reborujados, tal vez... — ¿Pues, preguntó Lorenzo, el licenciado N. qué lo han destituido ó?... — No, señor, murió hace como dos meses. — ¡Ni me lo diga vd., hombre! exclamó el Chango, era tan mi amigo, nos llevábamos mucho, sí mucho; lo siento en el alma, ¡tan buen muchacho, tan vivo! — Como que le dió á vd., replicó Astucia, una buena enjaretada con esto de la Seguridad Pública, estaba vd. mejor retirado de la bola, y no que... — Qué quieres, era amigo, me enjaretó, y yo mientras que resuelle he de servir á mi patria y sobre todo á los liberales. Pero no les hagamos mala obra á éstos señores, mira que los lleven por el rincón del potrero que es camino más corto, que el escuadrón primero se vaya falldeando por el cerro de la Culebra, el segundo por Tarimoro, y un piquete del tercero por el centro; vds., amiguitos, váyanse aprisa, porque si á las doce no han pasado el puente de Irimbo, lleva mi gente orden de fusilarlos, entraron al paso, y quiero que salgan al trote, esa es la pena que les impongo; denle memorias al gobierno y buen viaje, que Dios los ayude. ¿Se les ofrece dinero, caballos, alguna cosa? — No, mi coronel. — Pues en marcha. Se despidieron, los guiaron por otro camino,

y casi en fuerza de carrera tocaron retirada temiendo ser fusilados, y teniendo como á milagro haber escapado vivos de las manos del tal coronel Astucia que los confundió con sus gritos de *cuelquenme á éstos*.

— Ahora sí respiramos, dijo el capitán al entrar al huizachal de Jaripeo el grande, ya dejamos atrás el puente y nos podemos contar por vivos. Cada uno fué demostrando su susto sin dejar de voltear la cara cada rato con cuidado, hasta haber rendido la jornada.

Así que marcharon los entompeatados, salió Astucia con el Chango gritando: — Los de guardia. El señor coronel del cuerpo, y todos los que no estaban al tanto de la estratagema tirando las armas corrieron á formar mitote gritando: — ¡Viva el tompeate! ¡viva el coronel tompeate! y traían al Chango de aquí para allí admirando su guapeza y dándole sus galas porque representó perfectamente su papel, mientras Astucia al pie de un frondoso fresno mandó tender mantas y gritó: — Aquí los tompeates para brindar por el tompeate, y en un instante empezaron los criados á vaciar provisiones y destapar botellas cada cual presentando lo que llevaba, casi toda la mañana se les pasó allí enfrascados comentando la ocurrencia del tompeate y suponiéndose mil cosas célebres que iba á originar aquella zanganada, hasta las doce que cada cual tomó su camino.

Casi todo lo que Astucia se imaginó resultó del tompeate dicho, pues presentándose los enviados al gobernador, extrañó mucho su pronto regreso. — ¿Qué les sucedió á vds.? preguntó admirado. — Que por una nada nos cuelgan, respondió el empleado. — En un tris estuvo, agregó el capitán, que nos hubiéramos quedado para pasto de cuervos. — Y por un milagro patente, sostuvo el tercero, contamos el cuento, el coronel Astucia nos mandó colgar, y si no se empeñan una porción de caballeros, echamos buena misión. — Qué Astucia ni qué mentiras, vds. quieren con astucia hacerme creer en un hueso; no han llegado allá, les contaron cualquier embuste y ahora quieren disculpar su miedo y omisión con estudiadas supercherías. — Decimos la verdad, señor, y en prueba de que estuvimos en el valle, mire S. E. la intimación que recibimos estando en Santiago Tuxpan. — Bien, ¿y qué? — Que á pesar de haber ocu-

rrido luego luego al llamado del coronel, éste ofendido porque sin su permiso nos íbamos metiendo, nos mandó colgar por trastornadores del orden. — ¿Pero quién es ese coronel? — El mismo que S. E. nombró jefe de la Seguridad Pública del valle, con muy amplias facultades, siendo una de ellas la de disponer de los fondos públicos hasta restablecer el orden y la paz. — Esa es otra, yo no recuerdo haber tenido semejante locura; y eso es también superchería de vds. — No, señor, sostuvieron todos, hemos tenido su nombramiento en nuestras manos, lo hemos leído, y está firmado por S. E. y el difunto secretario hace más de cuatro meses. — ¿Pero de todo este enredo qué resultó? — Que habiendo conseguido los oficiales del tercer escuadrón sosegarlo, nos pidieron nuestros documentos, los revisaron, nos dieron de desayunar, platicamos con él un momento, y nos dió esta comunicación para S. E. — A ver qué dice, señor secretario. — «Cuerpo de Seguridad Pública de Quencio. Servicio nacional. Exmo. Señor. Merced á las «acertadas y enérgicas disposiciones ordenadas por S. E. y «que tuve el honor de que confiara á mi corta capacidad, voy «rápidamente restableciendo el orden, aunque para ello «he tenido que emplear algunas de las medidas fuertes que «reservadamente se me ordenaron por ese gobierno, desterrando á unos, intimidando á otros y colgando á varios de «los más exaltados enemigos de las instituciones liberales que «nos rigen. Ya tengo cerca de seiscientos hombres sobre las «armas, y en cuanto complete toda la fuerza que S. E. dispuso, le remitiré las listas de revista y demás documentos «relativos, así como también los cortes de caja y cuentas «correspondientes de los fondos que con su superior autorización estoy invirtiendo en los gastos del equipo, armamento, etc. Reciba S. E. por mi conducto un solemne voto «de gracias que le dirigen todos los pacíficos y honrados vecinos de este valle, que bajo el acertado gobierno de S. E. comienzan á respirar tranquilos en sus hogares disfrutando «de la suspirada paz, á la sombra del sistema federal que los «abriga con sus firmes garantías. He apreciado sobre manera «la visita del empleado portador de éste [aunque en parte no «ha dejado de resentirse mi delicadeza], pues él podrá infor-



¿Por qué se vienen metiendo como burros sin bozal?

« mar á S. E. de cómo tengo arreglada mi vigilancia, para no
« dejarnos sorprender de los enemigos del sistema ni trastor-
« nadores del orden.

« Reciba S. E. las sinceras protestas de mi adhesión, como
« corta prueba de mi respeto. — Dios, Libertad y Federación.
« Campo de San Victoriano, sobre la marcha, tantos de tantos.
« — Astucia. — Exmo. señor gobernador del Estado libre é
« independiente de Michoacán. Del jefe de la Seguridad Pública
« del valle de Quencio. »

— Esto está peor de lo que yo me había figurado, ahora me-
nos comprendo este enredo; á ver, señor secretario, busque
vd. por ahí á ver si sobre esto hay algún antecedente, porque
yo no ato ni desato, á ninguno he conferido semejante encargo
ni menos le había de dar esas facultades; dice que ya tiene
como seiscientos hombres y... — No le quepa á S. E. duda,
dijo el capitán, sólo nosotros hemos visto tres escuadrones lin-
dísimos, y como el ayudante que nos condujo es medio apant-
allado, poco á poco, sin que lo conociera lo fuimos haciendo
desembuchar y nos confesó que ya tienen cerca de trescientos
infantes y aun nos dió varios informes muy ciertos, relativos
al coronel. — ¡ Seiscientos bombres! necesitábamos dos mil
para ir á desarmarlos, á pesar de que hasta ahora creo que no
tienen carácter hostil. — No, señor, todo lo contrario, el co-
ronel que los manda es un decidido liberal, aquello está tran-
quilo y todos muy contentos. — Pues con razón me dan aquí
un voto de gracias por su conducto, y vaya vd. á contrariar
ahora una disposición que me atribuyen, de la cual aquel valle
empieza á gozar de la paz suspirada bajo la benigna sombra
de mi gobierno, por eso las autoridades de por allá han dejado
de molestarme con su cantilena de que les mande quien los
auxilie. ¿ Pero eso de disponer de los fondos me cala sobre
manera? ya se ve, ¿ de qué otro modo podría ese hombre le-
vantar una fuerza en tan corto tiempo? y seiscientos hombres
sobre las armas pesan, yo no tengo con que desbaratarlos, tal
vez el día menos pensado podrán servirme y lo más razonable
es hacer que ese coronel que es tan decidido liberal forme uno
ó dos batallones para sostenernos, esa gente es más entusiasta,
aguerrida, no tan viciosa y... ¿ Pero dígame vd. qué casta de

hombre es ese coronel Astucia? — Es uno de tantos soldados viejos que sus grados los ha ganado con su sangre, desde su niñez fué el dedo chiquito del presidente general Guerrero, es teniente coronel efectivo con el grado de coronel, y como buen sureño hombre de pocas palabras y muchos machetazos. — ¿Y su personal? — Horroroso, una cara infernal, unos ojos que despiden lumbre, cuando está enojado parece un león, y ya sereno es muy jovial chancero, nos mandó dar de desayunar, nos ofreció dinero, caballos, en fin, se demostró tan cortés y comedido, como antes furioso y temible. — Pues entonces ya merece más atención, basta que sea de la escuela del general Guerrero, porque ése fué el mejor liberal de buena fe, y firme defensor de nuestras garantías.

— No hay en toda la secretaría más antecedente que este montón de comunicaciones de aquellas autoridades que tienden á un solo fin, pedir auxilios de fuerza armada, dijo el secretario. — Seguramente mi antecesor por acuerdo verbal con S. E. procedió al nombramiento de este señor coronel. — No lo recuerdo y hasta su nombre me es extraño, pero á la altura en que encuentro el negocio, es imposible desbaratar lo hecho; que esas comunicaciones sean la base de un expediente, póngale vd. en forma, agregue el auto para la visita, ponga el informe del visitador, la intimación, esta comunicación última, en fin, para más aclaración de todo, y que la secretaría no esté á oscuras de las disposiciones que sobre esto se sigan tomando, que estos señores declaren todo lo que vieron y les consta, con cuanto pormenor sea conducente; carecemos por ahora de esos fondos, voy á estudiar el modo de conseguir del congreso, que apruebe esa disposición, ya veremos si para más tarde esto se puede poco á poco irse corrigiendo con prudencia. Yo no sé cómo al difunto licenciadito se le fué á pasar esto, tal vez conocía al dicho Astucia. — Eso ha de haber sido, dijo el visitador, porque se apesadumbró cuando le dije de su fallecimiento, diciendo que era muy su amigo y otras alabanzas. — Y aun el ayudante, agregó el capitán, le recordó que el licenciado lo había enjaretado para admitir el nombramiento. — Pues entonces, ya está aclarado un misterio, tomó esa disposición el secretario, tal vez me lo propuso para calmar la grito

de aquellas gentes, y como se enfermó y esto estuvo todo trastornado, no tuvo tiempo más que para enjaretar al tal coronel, y ahora éste me ha enjaretado á mí que á fuerza de fuerzas enjaretaré al congreso.

Se formuló el expediente, y no sólo declararon lo que vieron los enviados, sino que quedó asentada hasta la filiación del coronel Astucia, y dijeron que era un hombre de más de cincuenta años, nacido en el rumbo de Acapulco, cargado de hombros, con el pescuezo muy corto, chaparrón, cojo de la pierna izquierda, pelo crespo cerdoso y cano, frente muy estrecha, ojos enchilados, nariz aplastada y de anchas ventanas, boca grande, con labios carnosos amoratados, barba poca, color trigüeno obscuro, con algunas manchas de pinto azul, y sumamente holloso de viruelas.

Todo quedó escrito y fué á ocupar su respectivo lugar en el archivo, sin que ya sobre ese punto se tomara disposición alguna. Ya que habían pasado más de dos meses, no teniendo el gobierno más noticias que los partes del Prefecto de sin novedad, mandó el gobernador al secretario que le escribiera directamente al coronel Astucia, exigiendo los cortes de caja, listas de revista, etc., reconociéndolo con este hecho como jefe de la Seguridad Pública. Contestó muy largo mil palabras que en substancia nada aclaraban, aplazando para más tarde la remisión de documentos que por atenciones más exigentes no habían tenido tiempo de arreglarse. Luego puso un parte reservado diciendo que había sofocado en su cuna una conspiración. Le contestaron recomendándole la vigilancia y agradeciendo su actividad y celo, y así se habían pasado nueve meses oficiándose directamente con el gobierno. Luego que acabó de pagar el armamento, se dedicó á establecer escuelas hasta en el pueblecillo más miserable, poniendo buenos preceptores con trescientos pesos anuales el que menos, emprendiendo cuanta obra pública podía para beneficio general, andando continuamente por todas partes mirando si cumplían sus órdenes, y espiondo á los macutenos para darles un buen susto. El día menos pensado empezaron los merinos ó topiles de los juzgados á llegar con noticias diciéndole: — Mi coronel, por tal parte han entrado cinco hombres armados. — Señor, anoche pasaron

cuatro por tal punto á caballo, y así de varios pueblos, haciendas, y rancherías le fueron avisando sin interrupción. — Síganlos y avisenme adonde hacen pie.

Por último, en la tarde del tercer día, todos vinieron á decirle que en el cerro de las Pitayas, entre Tiripitio y Tuzantla, estaban como ochenta hombres montados y armados, con aquellos correos comunicó sus órdenes, mandó á Angel su cuñado á prender la luminaria en la cima del cerro de la Culebra que era el toque de generala, compró cuantos sombreros de palma encontró en las tiendas de Jungapeo, y á las siete de la noche seguido del Chango con su clarín y Simón, ambos con sus tercios de sombreros acomodados en los caballos, partió atravesando cerros y cortando camino hasta llegar al pueblo de San Miguelito situado al otro lado del cerro de las Pitayas, allí estaban listos quince infantes y diez montados que los hizo ponerse con sombreros de petate y en pechos de camisa, pues fué el modo que le ocurrió de uniformar á última hora á los suyos, para que los infantes no fusilaran á sus mismos compañeros, mandó á los de á pie por lo más escabroso, él con su chamarra en la cintura y su sombrero de petate también, subió por otro lado, y el Chango por distinto rumbo con su clarín, se fué á situar al punto que le indicó.

Cuando comenzaban el *Rotito* con su segundo Justino el *Molinero* á formar su fuerza de ochenta y dos hombres, los sorprendió el silbido de las balas que les dirigieron los infantes, otra descarga de los diez que seguían al coronel los azoró más, y acabó de alarmarlos, los imponentes trompetazos del Chango que á su retaguardia tocaba á degüello. Montaron violentamente, y les gritó el *Rotito*: — Sobre la hacienda, sobre la hacienda, y allí nos haremos fuertes. En pelotones bajaron precipitándose por aquellos breñales, pero al entrar al carril una lluvia de balas les atajó el camino despedidas de las azoteas de la hacienda, cuadrilla y los corrales, allí dejaron ocho ó diez hombres tirados retrocediendo furiosos gritando: — Al pueblo, al pueblo, y se arrojaron sobre él ansiosos de encontrar guardia, pero aun no llegaban á la primera casuchita cuando de las cercas, milpas, huertas y jacales les empezaron á hacer un nutrido fuego que también los contuvo matándoles otros seis ó

siete. — Al cerro otra vez, gritó el *Rotito* lleno de rabia apurando á su caballo, pero al ir á media cumbre, otras descargas de los veinticinco hombres que tenía Astucia, los puso en la mayor confusión, y mucho más que saliendo de la hacienda y el pueblo tras ellos empezaron á tirotearlos después de despedazar á los que cayeron en sus descargas. Mirándose sitiados, no les quedó más recurso que coger todo el camino que con segunda intención se les dejó libre, partiendo á escape, y Astucia tras ellos, uniformando á los que se le iban agregando y aumentando sus fuerzas ó reemplazando á los fatigados, haciéndoles fuego por cuantos ranchos, haciendas y pueblos, atravesaban, matándoles algunos y lastimándoles á muchos. Parecía aquello día del juicio, por todos lados se oía el toque de alarma de las campanas, los estallidos de los fusiles, las desesperadas voces de los perseguidos que gritaban: — ¡Ahí vienen, ahí vienen! y apresuraban á sus caballos, los entusiastas urras, silbidos y gritos de los perseguidores que decían llenos de gusto: — ¡Ahí van, ahí van! y la imponente voz de Astucia que conteniéndolos mandaba: — Alto, alto, muchachos, vamos manguéandolos, cierren el rodeo, no habrán claro, déjenlos llegar á tierra colorada que solitos se encorralen. Alto, alto, tiren al bulto y acábenlos de azorar. Cerca de siete leguas los fueron correteando, hasta que tomando para la cantera del cerro de Ocurio, al entrar al huizachal de tierra colorada, sentó Astucia su caballo diciendo: — Ya cayeron en la trampa, ahora no se nos escapan mas que se vuelvan pájaros, déjenlos poseisionarse de la cantera, váyanse rodeando el cerro y tirándoles seguido para estarles llamando la atención. Remudó un tercer caballo porque uno le mataron los enemigos, otro se le estacó entre los breñales, y el último que montaba se le cayó de asoleado. Luego que uno de los *todos* le facilitó relevo se fué ocultando por los Chaparros hasta divisar con franqueza para el puerto, de repente se pegó una palmada en la frente y exclamó: — ¡Con un demonio! los de Jungapeo no han ocurrido á cubrir su lugar, y esos bandidos tienen su retirada cubierta y protegida, adonde se hagan del puerto, todos se nos van y ni la burla me perdonan; el que quiera que me siga. Se tendió sobre el caballo y haciéndose pedazos entre los huiza-

chales destapó para el pie del cerro seguido únicamente del Chango y Simón, que también remudaron y dos de los de las haciendas, en medio de una lluvia de balas que los del cerro les tiraron hasta que se pusieron debajo de sus fuegos; faldeando á media rienda encumbró para el puerto hasta situarse en la presa de San Cristóbal y dijo: — Ahora sí estoy contento, nosotros cinco aquí valemos por quinientos, mira, Simón, arranca á llamar á aquella gente que está en la hacienda de San Miguel Ocurio, qué diablos hacen allí. Inter Simón fué á escape con aquella orden, los perseguidos refrescando sus caballos, arreglando sus sillas, y en la creencia de que ya estaban seguros, se entretenían en tirotear á los que los rodeaban y veían blanquear entre los matorrales. — ¿Quese nuestro capitán? dijo el *Molinero* luego que pudieron tomar resuello. — Yo lo vi caer con todo y caballo más acá de Laureles, le contestó uno. — ¿Y el sargento Galindo? — Ese cayó poco antes, dijo otro, lo mismo que el chueco Salinas. — Buena suaca nos han dado estos malditos, lo de menos era largarnos, pero esperaremos un poco á ver si llega el jefe.

Tan pronto como los de Jungapeo recibieron la orden, treparon para el cerro como borregos, los colocó Astucia en sus puntos, montó en el caballo de otro de sus amigos, porque el que tenía recibió un balazo en el pecho, y ordenó: — Se van avanzando en ala hasta descubrirse en la meseta, allí hacen una descarga cerrada al montón, y se siguen á paso de ataque á bayoneta calada hasta la orilla de la cantera, porque ó caen en las puntas de nuestras armas ó se desbarrancan y se los lleva judas. Bien distribuidos por él mismo cerca de noventa hombres, se fué por el centro siguiendo el movimiento, y luego que todos descendieron, arrancó él primero, espada en mano, batiéndolos muy de cerca, cerrándoles absolutamente la retirada y estrechándoles el terreno. Ellos que no esperaban ese ataque tan inesperado y brusco por su retaguardia primero que defenderse cada cual trató de montar á caballo y escaparse como pudiera, de modo que sin hacer mayor resistencia todos cayeron en la trampa, á los furiosos golpes de Astucia y la punta de las bayonetas de sus soldados, quedando aquello terminado á las dos de la tarde, en que en medio de muertos, heridos y rendidos

solo se veía el coronel en su caballo, hecha toda su ropa trizas; todo ensangrentado de los arañes de las espinas, con un balazo en el brazo izquierdo y un machetazo en el derecho que á última hora recibió en la refriega. Se quitó su sombrero de petate hecho chirlos, lo puso en la punta de la bayoneta de un fusil para que lo vieran todos los que rodeaban el cerro, y alzándolo por alto á guisa de bandera gritó con toda la fuerza de sus pulmones: — ¡ Viva la gente honrada de Quencio! — ¡ Viva! repitieron mil voces resonando su eco de cerro en cerro hasta perderse en el espacio. — ¡ Mueran los ladrones y bandidos! — ¡ Mueran! también repitieron encumbrando unos y bajándose otros á la cantera donde cuatro, huyendo de la espada de Astucia, se dejaron desbarrancar matándose del golpe.

Alzaron su campo llevándose para Zitácuaro diez y ocho prisioneros, quince muertos, y diez y seis heridos, total cuarenta y nueve, con el fin de que reunidos llegaran á aquel sitio. En las casas consistoriales estaba el cura, el vicario, y otro eclesiástico confesando á los que pudieron recibir los auxilios espirituales, mientras que Astucia tirando seis pesos en el mostrador de la tienda del sol gritó: — Cuatro docenas de reatas, caballeros, y una de pilón; recógelas, Chango, y vénganse conmigo, muchachos, á parar vigas en el camino de México. Conforme iban acabando de confesarlos los mandaba fusilar y colgar en su viga ó árbol cercano, en el sitio que hasta hoy lleva el nombre de los "ahorcados", no faltaron compadecidos que fueron á rogar por ellos, y les decía: — Vds. elijan, yo he de llenar esos palos y ocupar estas reatas que he mercado, y me es igual colgar á esos picaros ó á sus intercesores, todos mis valientes soldados han gritado conmigo: — ¡ Viva la gente honrada de Quencio, y mueran los ladrones y bandidos! pues vamos viviendo nosotros y que paguen sus infamias esos desgraciados holgazanes. Como todo lo dispuso con la energía que acostumbraba, á las seis de la tarde quedaron los cuarenta y nueve colgados, haciendo punta el *Molinero*, se depositaron los despojos, les dejó sus centinelas, mandó á catorce lastimados de los suyos para un salón del curato, donde dispusieron que se curaran; él montado en el cuarto caballo y con el traje con que estuvo desde la mañana, ensangrentado, herido y muy desgarrado,

hasta que no dejó todo concluido se fué á apear á la casa del Prefecto con sus criados también lastimados, y tomó una taza de chocolate, pues en más de veinticuatro horas no había probado bocado y estaba rendido de la desvelada, caminata y fatiga de todo el día.

- A la mañana siguiente en Tuzantla y San Gerónimo, se enterraron veintiséis cadáveres de los que quedaron muertos desde el primer encuentro de Tiripitio hasta cerca de Laureles, pues de toda la fuerza, sólo escaparon muy averiados siete hombres que en sólo cuatro caballos se reunieron en el cerro del Cacique, en donde hasta que amaneció pudieron ausentarse, no quedaron poco sorprendidos y aterrorizados al ver muy de cerca colgados á sus dignos compañeros. — ¡Adiós, compadre Justino! dijo el *Rotito Zárate* que era el principal de los que se retiraban, tómense ésa por guajes; arreen, muchachos, antes que otra cosa suceda, esta ha sido una empalmada y con planecito nos la echaron á la puerta, ya por estos rumbos no privamos. Y estuvo tan de malas que poco tiempo después con cosa de cuarenta hombres cayó él mismo en Puruagua, donde el señor Llafe le dió su merecido. En la tarde se hizo el entierro de los ajusticiados que estuvieron veinticuatro horas á la expectación pública, todos los despojos los repartió el coronel entre los que se portaron mejor, puso un parte circunstanciado detallando los pormenores apoyados al Prefecto, y una exposición con más de cien firmas de los vecinos, en que le demostraban al gobierno su eterna gratitud por las acertadas disposiciones que había tomado en bien de aquellos pueblos que le eran tan adictos, protestándole que todo el valle de Quencio lo colmaba de bendiciones.

Esto acabó de entompear no sólo al gobernador sino al congreso y á toda la capital del Estado; brincaba de gusto el gobernador de que el *Rotito* hubiera sufrido semejante descalabro, y no dejaba de enseñar á cuantos podía la exposición y el parte, que se imprimió de su orden en hoja suelta para darse la importancia de ser el autor de aquel triunfo de las armas del gobierno, recibiendo mil parabienes de sus aduladores, y para recompensar al jefe de la Seguridad Pública, á más de una comunicación muy honorífica autorizándolo para expedicionar

con sus fuerzas por los demás partidos y municipalidades, le remitió requisitado su despacho de coronel efectivo de caballería de las fuerzas activas del Estado, y una caja muy curiosa con las presillas, charreteras y banda de coronel con que el gobierno premiaba sus buenos servicios.

Aquel hecho de armas fué para Astucia el último golpe de remache que lo afianzó en su poder, es decir, en la capital no lo tenían por enemigo, en el valle se granjeó el aprecio y simpatía de todos sus habitantes, y á los macutenos infundió tal temor que ninguno volvió por aquellos rumbos á presentarse, y los vergonzantes de allí se ausentaron más que de prisa, pero al mismo tiempo por lo personal, lo puso en cuidado calculando que resentidos los demás compañeros de los que escarmentó, pudieran tomar una venganza valiéndose de alguna traición, por lo que procuró cuanto antes hacer más misteriosas sus estancias en el cerro de la Culebra, cañada de Capirio, y rinconada del Coporillo, en cada una de ellas tenía construída de madera y con bejucos enjarrados, una pieza amplia, su cocina y un gran jacal de dos naves que por un lado hacía de portal y por el otro cubría la caballeriza, teniendo los alojamientos bien abastecidos de comestibles, pasturas, y los muebles y trastes más precisos, custodiados por cuatro ó seis buenos perros que de allí no se separaban, y fueron los reemplazos del viejo Sultán que enterrado al pie de un zapote en Coporillo, no dejaba de causar algunos tristes recuerdos á su amo. Constantemente siguió andando por todo el valle retirándose á dormir á la estancia que le cogía más inmediata, de manera que nadie sabía cuál era su residencia.

En cuanto hubo fondos, después de establecer escuelas para niños y niñas, reedificó el puente de Tuxpam, en el que gastó cerca de cinco mil pesos, llegó á figurar hasta de cura, pues á él ocurrían con sus quejas las mujeres ó maridos que estaban en cuestiones domésticas. El juez de Letras estaba en jauja, percibía su sueldo bien pagado por no hacer nada, los criminales escasearon, y los pleitos civiles casi todos los transigia el coronel que mediaba en las partes contendientes que al fin se conformaban con nombrarlo árbitro arbitrador. Se empenó en cortar una encarnizada cuestión de los vecinos de

Tuzantla con los de Jungapeo á causa del agua que siendo de los primeros, los segundos aprovechaban en sus labores, porque desde que los insurgentes que mandaba el general Rayon se hicieron fuertes en el cerro de Cooporo, los españoles para que no tuvieran agua potable destruyeron con cohetes más de cuatro mil varas de la atarjea de mampostería, hecha por los Jesuítas para conducir agua á sus haciendas de la Barranca y el Bosque, y por conveniencia de tener gente para sus trabajos del campo, les concedieron á los del pueblo de Tuzantla el uso del agua que necesitaran para sus tierras y huertas particulares; cuando se trató de reponer la obra un arquitecto la calculó en año y medio de trabajo, y de cincuenta á sesenta mil pesos de costo, pues en el transcurso de los años, casi las siete leguas de caño, desde su origen hasta llegar al pueblo necesitaban reparación, y hasta las piedras habían desaparecido en varios puntos.

Reunió el coronel á sus *todos*, y con su modito suplicatorio y comprometedor, consiguió mucho más de lo que se propuso, unos le dieron cal, otros prestaron carretas con bueyes y arreadores, y no hubo uno de quien no sacara ventaja, los de los pueblos ocurrían muy gustosos los domingos á trabajar en faenas, al son de los tamborcitos con que cada cuadrilla se anunciaba, les pagaba el coronel medio día, les daba su obsequiada con zendechó, charape, colonche ó chinguirito, y avanzaba más en un día con el golpe de gente bien distribuida, que lo que en una semana no haría la misma arriada á jornal, se constituyó sobrestante, y en seis meses, gastando de los fondos públicos diez y ocho mil pesos escasos, metió el agua á Tuzantla cortándose la cuestión de los pueblos, y más que todo el mal de huche ó relajación de garganta, que todas aquellas gentes padecían por beber el agua pútrida, que en unos inmundos aljibes muy mal contruídos conservaban de la lloediza para tomar toda la seca. Después fué invadido el valle por la plaga de la langosta, que á pesar de haber todos hecho mil esfuerzos y sacrificios, no pudieron evitar el grave daño que generalmente causó en todas las sementeras, dando por resultado la falta de maíz, y que valiera á nueve y diez pesos el poco que se pudo cosechar, sufriendo los pueblos una carestía y necesidad espantosa.

El coronel que no se tentaba el corazón ni se acobardaba, se metió á maicero, compraba la semilla en tierra fría á siete y ocho pesos, y la menudeaba á los pobres á tres, que era á lo que podían pagarla con arreglo á sus escasos jornales, sacrificando veintidós mil pesos en favor de la clase menesterosa, obligando con su ejemplo á los hacendados, propietarios y ricachillos á que hicieran lo mismo con sus peones y demás operarios, de manera que el hambre sólo se asomó por aquel valle, y del mismo modo se precavía contra las pestes y demás plagas temporales. Naturalmente era el semí Dios de sus paisanos, no había fiesta, concurrencia, ni diversión ó frascas, en donde antes que todo fuera convidado el coronel, tanto contemporizaba con los pobres como con los ricos, y era el primer bullicioso y alegre en las reuniones, que muchas veces se improvisaban con su presencia en los pueblos y haciendas donde llegaba, todo estaba floreciente, mucho tráfico de los arrieros, comerciantes, ganaderos, y el tránsito tan seguro, que nadie tenía de qué quejarse; si alguno tiraba alguna prenda en el camino, el que la alzaba la colgaba en un árbol ó matorral, y allí se quedaba hasta que su dueño la recogía, porque la reata florideña del coronel infundía muchísimo miedo, y por fortuna jamás la llegó á estirar con ninguno, aunque á todos amagaba con ella cada vez que se ofrecía. Esto fué en compendio lo acontecido en los seis años largos que duró de jefe de la Seguridad Pública, respecto de sus hechos públicos.

En cuanto á lo político afrontó siempre los lances y volteretas de sistemas con sólo ardidés, estrategias y secretos de gabinete, como él decía en las reuniones de sus *todos*. El día menos pensado recibió una comunicación que le condujo un extraordinario, en que el gobernador le ordenaba que con su gente, á marchas forzadas se dirigiera á la capital á sostener al gobierno, porque el general Paredes, al marchar para México, podría tener gana de pasar á molestarlos. Se quitó las puntas diciendo que rodeado de enemigos, estaba en lucha encarnizada con ellos, que había reventado la explosión por allí cerca y seguía ardiendo la mecha incendiando todo el valle, que el fuego de la revolución crecía haciendo pronunciarse á sus soldados, y pintó su situación tan comprometida, que hizo poner en más

alarma á los de Morelia, la revolución allí tomó incremento, y casi casi los mismos que figuraban en el poder, solitos se dieron por vencidos, y cada cual procuró como pudo salvarse y no quedar mal puesto, mudando residencia. Entronizando otro gobierno, lo primero que hicieron fué mandar con el nombre de jefe político á un sujeto de opinión conservador; desde que llegó á Tuxpam lo despachó el coronel con cajas destempladas, por algunas noticias vagas se sabía que tenía mucha fuerza, mandó una acta de adhesión al mismo sistema, y en fuerza de estratagemas se mantuvo neutral veintidós meses que sólo duró ese gobierno, pues el triunfo en favor de Santa-Ana lo derrocó en un instante. Entonces se presentó un comandante militar de aquel Distrito, nombrado por el comandante general del Estado, y sin mucha ceremonia corrió la suerte que el jefe político se retiró más que de prisa á la primera intimación de Astucia, que sosteniéndole que era adicto al partido, se agravió de que se le mandara relevo sin causa justa. Como ya ni en los libros de la comisaría figuraban entradas del valle de Quencio, no les llamó la atención por lo pronto, luego le hicieron un extrañamiento, y contestó que desde muy atrás, la fuerza de la Seguridad Pública del valle, sólo se sostenía por superior disposición, de las entradas del mismo, hubo que consultar, y después de mucho tiempo transcurrido, se fueron apareciendo trescientos hombres, les marcó el alto presentándose el mismo Astucia como ayudante de su coronel, con una comunicación para el jefe de la expedición, en que le pedía explicaciones del motivo de su visita; simplemente contestó que lo habían mandado á ver en qué estado se encontraba el Valle, y que expedicionara por él, cuando no era sino á destituirlo del mando de las armas, y llevárselo preso para Morelia.

Le dejó libre el paso, amonestado de que lo batiría con sus fuerzas si acaso sus soldados cometían algunos excesos, anduvo por el valle aquella fuerza diez y ocho días, entró muy entusiasta y alegre, y salió diezmada y contagiada, muchos con frios y calenturas, y casi todos picados de las turicatas, alacranes, el jejé, el pinolillo, niguas, y cuanta plaga causa perjuicio á los extraños á la tierra caliente, volviendo á Morelia á decir: — No encontré á nadie, con ninguno me he batido, y

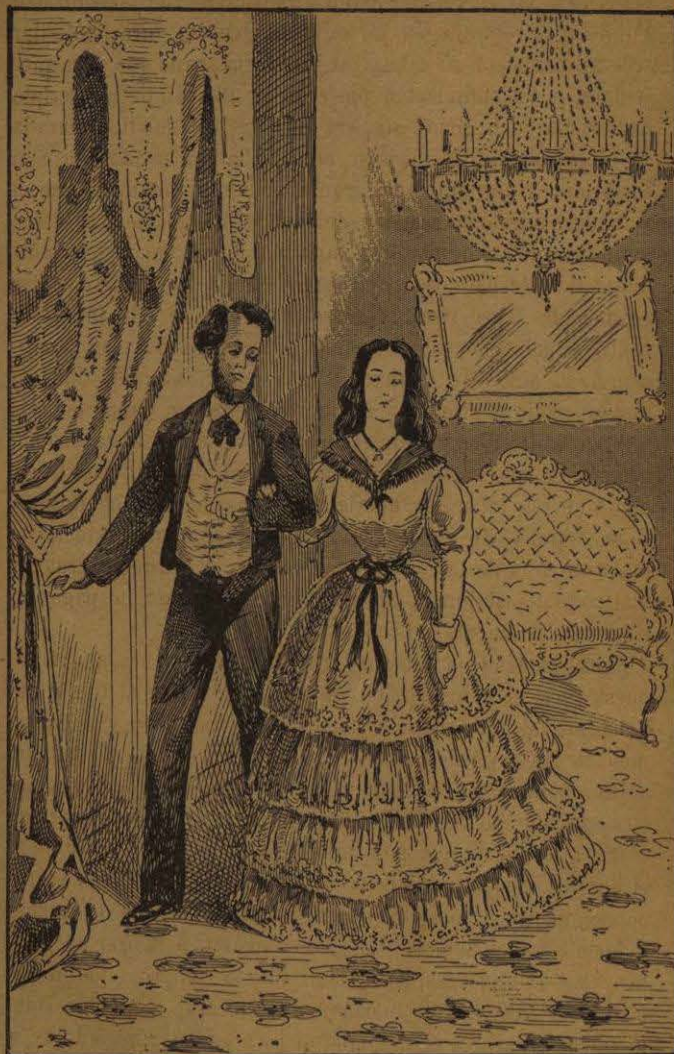
tengo cerca de cien hombres de baja en el cuerpo, y de alta en el hospital. Con diferencia de algunos meses también cayó el gobierno militar, y volvió á entronizarse el sistema federal, haciéndose dueño de la situación el mismo señor gobernador, que sumido las dos épocas anteriores, sólo estaba espiondo el momento oportuno de volver al poder, es decir, con Astucia y reflexión, aprovechar la ocasión.

Luego luego ofició para el valle reconviéndole al coronel Astucia su falta de patriotismo, por no haber ocurrido con sus fuerzas á sostener al gobierno cuando necesitó de su apoyo, mandándole que se presentara á recibir órdenes, y que entretanto entregara el mando á la persona que por su orden iba á reemplazarlo. Le contestó enfadado, que se fuera á ondear gatos de la cola, que él firme en su propósito había sido el único que manteniendo los principios liberales se había conservado en su puesto, sosteniendo á las autoridades que desde aquella fecha figuraban, y no se había dejado dominar por ningún otro partido, por último, que sostenida la fuerza de Seguridad Pública del valle por sus propios fondos, y formándola toda la gente honrada que lo reconocía como á su jefe, siguiera su ejemplo para sostenerse en el poder y no fuera á dar otra machincuepa, que tuviera la bondad de no acordarse de los moradores del valle, y que él le aseguraba bajo su palabra de honor, que si no recibía entradas de dinero, tampoco le exigirían nada ni le harían la guerra para derrocarlo.

Al enviado lo hizo andar tonteando por lo más interno y mortífero, hasta que fastidiado se largó sin haberle visto la cara, ni tener á quien entregar las órdenes que llevaba, después de doce días de buscarlo. En vano procuró el gobernador emplear cuanta astucia tenía para destituir á Astucia, su astucia se estrellaba contra la astucia de Astucia, y no teniendo fuerzas competentes para destituirlo por la fuerza; encaprichado en dominarlo ó quitarlo de en medio por su descaro; considerándolo como insurgentado y que trataba de emanciparse y fornar su rancho aparte para hacerse independiente, cometió la más grande torpeza que sólo el diablo pudo sugerirle, expidió un decreto en uso de las facultades extraordinarias que el congreso le confirió, declarando por traidor al Estado y

fuera de la ley, al coronel Astucia llamado jefe de la Seguridad Pública, entronizado en el valle de Quencio, ofreciendo dar seis mil pesos por su cabeza al buen ciudadano que se la presentara, y á continuación pusieron la filiación del proscripto que existía en la secretaría, era nada menos que la declarada en el expediente de marras, por los entompeatados en San Victoriano y que entompearon al gobierno, de modo que el verdadero retrato en relación del pobre Chango, llegó á verse escrito con letras de molde y multitud de ejemplares hicieron llegar al valle para que circularan. Entre la gente media y acomodada causó risas, y entre la pobre un odio marcado, contra el gobierno, pues haciendo pedazos los decretos maldecían á su autor de la manera más enérgica en su dialecto vulgar, nadie se atrevió, y ni siquiera pensaron ganar los seis mil pesos ofrecidos, tal era el amor que le tenían á su coronel, además de que el decreto mismo se contradecía, y si acaso algún secreto enemigo quería aprovechar aquella coyuntura, se encontraba con el obstáculo invencible de que Astucia no tenía ninguna de las señas que indicaba el mismo decreto, y mal podrían asesinar á un hombre cuya cabeza no pagarían sin tener las marcas indicadas.

Siguió haciendo el gobernador tantas aberraciones, que indispuesto con el congreso, en un tris estaba que el timón del gobierno volcara á la nave del Estado, y por poco se compromete la causa y todos se sumergen en el profundo piélago del abismo político. En tan crítica situación, lo hicieron renunciar comprometiendo á que lo sustituyera el presidente de la suprema corte de Justicia, que por ministerio de la ley debía ocupar el puesto, confiando todos en su lealtad al sistema, sus vastos conocimientos, y sobre todo en su muy bien sentada reputación y buenas relaciones. Se resistió muchísimo á figurar en política, puso mil excusas, pero al fin tanto lo comprometieron que á su pesar, á fuerza de fuerzas entró al cargo, bastando solamente su presencia en el gobierno para aquietar los ánimos, y empezar á uniformarse los poderes, marchando los negocios sin tropiezos, enemigo de remociones, todos los empleados quedaron en sus puestos, y pagándoles con puntualidad los hacía cumplir con su deber, y todo andaba listo. Al reglamentar el ramo



No para servirme, sino para ampararme...

de Hacienda, naturalmente extrañó las entradas del valle, pidió antecedentes, y no tuvieron que darle más que el expediente que obraba en la secretaría, el asunto no era cualquiera cosa, aquello no le ministraba más que dudas. Mandó al secretario escribir al coronel Astucia noticiándole su nombramiento de gobernador, y contestó ofreciéndose á su obediencia, dándole la enhorabuena, con las protestas más sinceras.

Los antecedentes que había en el gobierno eran absolutamente contrarios á aquella muestra de sumisión y respeto, se informó de algunos amigos, le dieron muy buenos informes del coronel, y el hombre luchando entre las dudas, quiso aclarar por él mismo aquel enigma, y en cuanto tuvo un poco de desahogo, facultado por el congreso para el arreglo de ese negocio, emprendió hacer una visita al valle, escoltado por cincuenta hombres que aumentó á cerca de trescientos, con los que fué recogiendo en su travesía de los destacamentos de los partidos. Cortemos aquí la carrera política del coronel Astucia, y vamos á la vida privada de Lencho, ó sea Lorenzo Cabello.